Tomo 9 REPERTORIO AMERICANO Núm. 3

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 22 DE SETIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Con Benedetto Croce

(De *La Prensa*, Buenos Aires).

Nápoles, 1923.

DESDE la Universidad, una calle estrecha y larga entre edificios de seis pisos del siglo XVII y XVIII, conduce a Trinitá Maggiore, un codo ancho iluminado por el sol. Cien pasos a la izquierda, el portal número 12 se abre hacia un interior de grandes dimensiones. Subo dos anchas escaleras de piedra y llego al piso habitado por el filósofo, su mujer y tres hijitos, uno de dos años.

—¿Está el señor Croce?

—Pase usted. Atravieso la biblioteca y Benedetto Croce, con la bondad y sencillez características de los italianos, me recibe en su amplísimo escritorio, sin libros, lleno de cuadros y de luz. Sobre esta mesa, me dije, se han escrito las páginas más bellas del pensamiento contemporáneo.

—Deseaba verle, oir su palabra, tratarle de cerca; su nombre en las universidades argentinas, es popular y sus obras son leídas con el interés con que se escucha a un maestro a quien la juventud acude en busca de caminos. Pero tal vez mi visita sea inoportuna; veo sobre la mesa cuartillas recién escritas...

—Lo recibo con placer; me llegan noticias de su país en libros y revistas. Mire usted, lo tengo anotado; un señor Cuccaro ha escrito una monografía acerca de mis obras; ¿se ha publicado?

—Es posible desde que es de práctica hacerlo; pero lo ignoro. La Universidad de La Plata, introdujo este sistema de promoción, que en manos hábiles, dió óptimos resultados, desde que el método expositivo y verbal era sustituído por el analítico de la investigación que profundizaba temas, creaba conceptos, propendía a la realización de un trabajo original y serio en el que estará comprometida la sinceridad del autor.

Benedetto Croce, visiblemente satisfecho, sano física y moralmente, habla con una facilidad que seduce; el pensamiento fluye abundante y nítido como si aquel cerebro no hubiera conocido la fatiga y tuviera el vigor de quince o veinte años antes. Son las cuartillas del último capítulo de la *Storia dell' Italia Meridionale*, que saldrá a fines de año y promete páginas originales acerca de la Magna Grecia, cuyo espíritu filosófico y artístico sobrevivió a la borrasca política de los siglos.



Benedetto Croce

—Tal vez reencarnado en sus obras, desde que sus páginas recuerdan a Platón...

—Acaba de llegarme la *Revista de Filosofía*, en la que se me juzga, a través de un opúsculo, de una manera fantástica. Viví siempre alejado de la política, realizando una vida de estudio y de escritor...

—Que conocemos a través de su estética, de su lógica, de su filosofía, de sus ensayos, de su España en la vida italiana durante el Renacimiento, de la crítica y, sobre todo, de *La Letteratura de la Nuova Italia* que es un monumento, al decir de sus compatriotas.

—Nunca fuí socialista; en una época en que recibían a los intelectuales con los brazos abiertos, me hubiera sido fácil colmar mis aspiraciones si las hubiera tenido. Combatí las teorías utópicas del marxismo sin sentirme nunca inclinado al catolicismo, incompatible con los principios racionalistas que profeso. Me sorprende que en Buenos Aires se me crea un abjurado, aun reciente mi polémica con Gentile, acerca de la enseñanza religiosa en las escuelas, a la que, como presidente del Consejo Superior de la Enseñanza, opuse mis convicciones. Pero el ministro Gentile es consecuente con las ideas profesadas durante toda su vida. Lea usted las actas del Congreso de Nápoles, de 1907, sobre *Educación y escuela laica*; los conceptos vertidos en las sesiones de entonces, son los principios de las reformas de ahora.

—Conozco las actas, sus libros de pedagogía y los *Discorsi di Religione*, dirigidos a la juventud italiana.

—Se trata, evidentemente, de un hombre sincero y convencido de la necesidad de que el alma del niño adquiera valores a través de una forma que contiene ideas morales y de libertad que fueron en todas las épocas el fermento de la cultura italiana; tengo reparos que hacer

a la manera de pensar del ministro, pero el neutralismo laico o su posición negativa en presencia de los problemas del sentimiento, es absurdo; la edad del niño es la edad de la fe. ¿Puede la razón asumir la responsabilidad de abrir los caminos sin caer en la crítica o producir en su espíritu ese estado anárquico no solamente estéril sino peligroso para la conservación de los valores adquiridos? Hemos tenido un momento difícil; el epílogo no de la victoria sino de un período en que la libertad de creencia y el fárrago de las discusiones híbridas nos habían hecho perder el concepto de unidad. A él volvemos recuperando valores que considerábamos muertos, como la honradez económica y política.

—He advertido una Italia diferente a la de 1914; incrédula y deprimida entonces, bajo el peso de extrañas preocupaciones, la encuentro feliz y activa ahora, animada por un soplo nacionalista o patriótico intenso; he presenciado grandes conmemoraciones populares; los muertos de la guerra o sus mutilados, motivan manifestaciones intensas del sentimiento como si la conciencia del 66 y del 70 despertara con ideas luminosas y menos inciertas. Ayer, tres mil personas, hombres, mujeres y niños escucharon en el San Carlo, con el pañuelo en los ojos, el discurso de Delcroix, cuyos ojos después de la muerte conservan una visión tan bella de su tierra y de su historia.

—La Italia se renueva en el milagro de reconstruirse no sobre las ruinas de una revolución comunista, sino sintiendo circular en sus venas la savia de sus tradiciones, savia con la que fecunda nuevos ideales, desde que concurre la fe en la obra realizada.

—El historiador, el filósofo y el crítico precaven al político de la utopía.

—Repito que el hombre político, en mí, es un accidente. Cuando tenía 17 años, conocí a Antonio Labriola y por consejo de Spaventa, asistí a las lecciones que dictaba en la Universidad de Roma; amenísimas, discurría con vena abundante y satírica sobre todas las cosas con la información fresca del libro nuevo, especialmente alemán, del que era una especie de boletín parlante. Labriola me seducía porque no daba definiciones; entraba de seguido *in media res;* presentaba las dificultades del problema; no hablaba en tono catedrático sino a períodos breves y punzantes, que adquirían contornos oratorios. Mis compañeros lamentaban que no se dejase «resumir»; pero en los corredores de la Universidad yo defendía con ardor su método, porque según el dicho de Kant enseñaba no pensamientos sino a pensar. Las lecciones se prolongaban en la calle, en la librería Loeschen, dondequiera; nos unía un recíproco afecto. Labriola, del círculo moderado y conservador de Spaventa, saltó en 1886, al democrático y socialista, evolución que no me sorprendió porque su intelectualismo era como su carácter, radical. Dentro de la política extrema fué el terror de los jóvenes; su pluma, un látigo implacable. Agresivo y feroz; pero inteligente y sincero. He conservado mi gratitud al maestro, pero no su temperamento político. Un hombre sin dar credos, puede abrir caminos.

—¿Qué piensa usted de Papini?

—Los católicos elogian su obra; creen que la *Historia de Cristo* es el fruto de un creyente. Pero sin ideas formales; no se ha definido a pesar de lo mucho que ha escrito, ebrio de novedad entre lo serio y lo burlesco; lo profundo y lo superficial. En fin, hay en él materia; la lente del crítico a veces se equivoca, porque no es de cristal como la del físico. ¿Piensa usted permanecer algún tiempo en Nápoles?

—Visitar sus instituciones, admirar sus paisajes...

—¿Conoce usted las últimas excavaciones de Pompeya?

—No, señor Croce.

—Son interesantes, muy interesantes porque todo queda *in sito*. Voy a darle una carta para el director del Museo Nacional, a fin de que pueda visitarlas... Haga presente mis saludos al director de *La Prensa*, señor Paz y a todos los que en su país me estiman.

VÍCTOR MERCANTE.

La *Estética*, de Croce

El arte y la niñez

(De *La Prensa*, Buenos Aires).

TANTOS libros está suscitando en Inglaterra la lectura de la *Estética* del más elegante de los sabios, el señor Benedetto Croce, que no me extrañaría obrase el milagro de convertir a los ingleses en pueblo de filósofos. Entre los libros últimos de Londres veo hasta cuatro que no se habrían escrito sin el impulso que la traducción de las obras de Croce ha dado en Inglaterra a la especulación sobre la naturaleza del arte y de la belleza. Uno de ellos es *Los fundamentos de la estética*, por los graduados de Cambridge, señores Ogden, Wood y Richards; otro, *Un ensayo hacia una teoría de arte*, por el arquitecto Mr. Lascelles Abercrombie; otro, *La literatura del éxtasis*, por Mr. Albert Mordell, a quien no conozco, pero que debe de ser un joven, a juzgar por la impetuosidad de sus juicios, y otro, *El espíritu poético*, por Mr. Prescott, un profesor cuyas ideas coinciden con las de Mr. Mordell. Todos estos libros han sido provocados por las ideas del señor Croce, aunque todos ellos, porque la dialéctica es la madre del pensamiento, se han escrito en polémica contra el señor Croce, como si el primer deber de todo pensador moderno sobre estética fuese el de liquidar sus cuentas con el filósofo italiano.

Las mías son de liquidación difícil, porque le debo nada menos que la primera ordenación fundamental de ideas y la afición a la filosofía sistemática. La fascinación que ejerce la filosofía croceana, aparte del maravilloso estilo en que va expuesta, se debe precisamente a eso: a que proporciona al lector profano una primera ordenación de su mundo mental, porque su esquema filosófico es el más sencillo de comprender de cuantos pueden concebirse, con cuya afirmación no niego que contenga innumerables sutilezas, que sólo se revelan cuando se le estudia comparadamente con otros sistemas; pero, de momento, a la primera lectura, el lector ve tan claramente que el espíritu no puede actuar sino en la teoría o en la práctica, que acepta incondicionalmente esta primera clasificación de la filosofía croceana, y con no menos claridad entiende que estos dos géneros de actividad espiritual, la teórica y la práctica, se subdividen a su vez en otros dos cada uno, según que su objeto sea lo individual o lo universal, pues la intuición teórica puede ser estética cuando se limita a conocer el fenómeno, la naturaleza; o filosófica, que comprende la intuición estética y la rebasa porque tiene por objeto el neumeno, el espíritu mismo; y así la actividad práctica se divide en económica, cuando no quiere más que la naturaleza, el fenómeno, el bien individual o egoísta, mientras que pasa a ser actividad ética, que comprende y rebasa la económica, cuando quiere el espíritu, el noumeno, el bien universal. Los héroes de la teoría individual son los grandes artistas: Cervantes, Miguel Angel, Shakespeare; los de la teoría universal: los grandes filósofos, Platón, Aristóteles, Leibnitz; los de la práctica individual, los hombres de acción: César Borgia, Jorge Brummel, Ford; los de la práctica universal, los santos: San Francisco, Santa Isabel de Hungría, Florencia Nightingale.

El secreto de esta sencillez consiste probablemente en el atrevimiento hegeliano con que llega la filosofía croceana a hacer identificaciones de conceptos que ni a primera vista ni en último análisis parecen idénticos. El arte es intuición, la intuición es expresión, la expresión belleza, la belleza lenguaje, el lenguaje lirismo, el lirismo estilo. Es una identificación a veces tan forzada como la unidad que realiza el demiurgo del *Timeo*, de Platón, cuando no pudiendo amalgamar las series de los números primos con las de los números múltiplos, los une, al crear el mundo, por la fuerza. La identificación central de la expresión artística con el lenguaje en general, tiene que resultar insostenible. Lenguaje es todo: el arte, la ciencia, la predicación, la historia, la filosofía; pero arte no es más que el lenguaje de la emoción estética cuando se consigue expresarla. El arte es teoría según el señor Croce; pero ello no es satisfactorio. Verdad que hay en el arte un elemento de visión, pero la visión no pasa de ser uno de sus elementos. Falta la conciencia del valor de esa visión. De esta conciencia recibe el arte su calor. La sola visión sería fría. Acaso no sean dos tan sólo las funciones del espíritu: teorizar y obrar, como mantiene el señor Croce; acaso sean tres: querer, teorizar y amar, en cuyo caso el arte sería una de las funciones del amor.

Pero no creo que el sistema croceano pueda darse todavía por concluso. Me fundo en que se trata de un cerebro aún joven, que tiene tiempo todavía de reconstruir su sistema, y que no ha cesado probablemente de reconstruirlo, incorparándole las objeciones más fundadas que se le han hecho. En sus *Ensayos de estética* encuentro ampliada y perfeccionada la idea de su *Estética*. Es posible que el reproche que se ha hecho al filósofo napolitano de haber cerrado un sistema a una edad en que hay el deber de mantener abierta la inteligencia a toda suerte de posibilidades, sea, al fin, infundado. Es posible que el hecho mismo de haber lanzado en su juventud al mundo un sistema provocativamente audaz es lo que haya permitido al autor, al acicate de las objeciones que se le han venido haciendo, ensanchar el espíritu hasta que salga de su misma pluma el sistema que satisfaga, en cuanto ello es posible, la contemporánea inquietud de Europa.

En sus *Ensayos de estética* se encuentra, por ejemplo, la idea sugestiva, brillante, muy verdadera, casi verdadera, que asimila el arte al lenguaje del niño: «El arte coge la palpitante realidad, pero no sabe cogerla, y por eso no la coge de veras: no se deja perturbar por las abstracciones del intelecto, y por eso no cae en lo falso; pero tampoco sabe dejar de caer. Si es la primera y más ingenua forma del conocimiento, por eso mismo no puede dar satisfacción completa a la necesidad cognoscitiva del hombre, y no puede constituir el fin último del espíritu teórico. Es el sueño (por así decirlo) de la vida cognoscitiva; y su cumplimiento es la vela; no ya la lírica, sino el concepto; no ya el fantasma, sino el juicio. El pensamiento no existiría sin la fantasía, pero supera e incluye en sí la fantasía, transforma la imagen en percepción y da al mundo soñado las distinciones netas y los contornos firmes de la realidad. A esto no llega el arte; todo el amor que por él se tenga no puede elevarlo de grado; como el amor que se tenga por un hermoso niño no puede convertirlo en adulto. Hay que aceptar al niño como niño y al adulto como adulto».

El arte y el niño se parecen, en efecto, en que no se cuidan de distinguir la realidad de la fantasía. Un párvulo responde a nuestra pregunta diciendo lo mismo que viene de la escuela que contándonos que ha bajado de una estrella; y puede ver la realidad con ojos de artista, hasta en circunstancias en que a ningún adulto se le ocurriría semejante cosa. En uno de los libros citados más arriba cuenta Mr. Abercrombie que, hallándose en una playa con su familia, llegó la noticia de que un caballo se había dejado aprisionar en la arena movediza. Salió todo el grupo en su socorro. El caballo se había hundido hasta medio cuerpo. No había peligro para las personas, porque por debajo de la arena había tierra firme. Pero la marea empezaba a subir y se trataba de sacar el caballo antes de que el agua le llegase a las narices. Se leía el terror en los ojos del animal. Estaba paralizado como consecuencia de sus esfuerzos sin resultado. La gente cavaba en torno da la bestia, presa de ansiedad. Pero había un espectador que se estaba divirtiendo todo el tiempo. ¿Se ahogará?, preguntaba una vez y otra. No es que el niño fuese cruel. No se le había ocurrido preguntarse lo que sentía el caballo. La cosa le parecía un juego divertidísimo, preparado para su entretenimiento. Y cuando el amo del animal le echó una cuerda al cuello y empezó a tirar de ella, con el resultado de que se resbaló y cayó el hombre de espaldas con las piernas en alto, el niño soltó la más chillona de las carcajadas, y dijo, en seguida: «¡Creí que le iban a arrancar el rabo!» Eso hubiera sido el colmo de la dicha.

Mr. Abercrombie dice que la experiencia de aquel niño era una experiencia estética, porque no pasaba de la impresión primera. «El pequeñuelo tenía aún la capacidad (que desgraciadamente perdería pronto) de tomar las cosas como pasan y de hallarlas inmediatamente buenas o malas: de decidir sobre su valor simplemente como experiencias, sin requerir ningún otro interés. Y por eso supongo se dice algunas veces que los niños son artistas naturales; viven naturalmente en la condición que hace posible el arte». Estoy cierto de que el lector agudo habrá ya advertido que debe de haber algún error en este juicio y estará preguntándose cuál es, si es que ya no ha acertado a señalarlo. Si la experiencia de ese niño fuese estética y los niños fuesen artistas naturales, ¿en qué consiste que el arte no sea ocupación de niños, sino de personas mayores? Porque, en un sentido tiene razón el señor Croce cuando identifica la intuición con la expresión y dice que el que puede intuir puede expresar, y que si no puede expresar bien, es que no ha intuido bien.

El niño del cuento ve, en efecto, las luchas del caballo y de sus salvadores como en un sueño y las disfruta como una diversión inesperada y extraordinaria. Pero, ¿basta ver las cosas como en sueño y gozar de la división para que se trate de una experiencia estética de la misma categoría que las que inducen a los artistas a producir sus obras? Creo que no, porque falta a esta experiencia del niño la conciencia de que se trate de un valor trasmisible. Cuando el artista tiene una experiencia inspiradora, proceda del mundo externo o de su propia fantasía, la experiencia va acompañada de la conciencia de que su experiencia es valiosa, objetivamente valiosa, que los demás hombres deben gozar cuando les sea comunicada. El que la gocen o no es siempre problemático. Al artista le basta con la conciencia de que deben gozarla. Esta conciencia falta al niño, y como es elemento esencial de la experiencia estética, tampoco es justo decir que los niños sean artistas naturales. El hecho de que al niño le guste su experiencia no quiere decir que la juzgue poseída de valor objetivo. El problema del valor objetivo no se lo formula. Pero, en cambio, se lo plantea el artista, que no es un hijo del desierto, sino de la escuela, donde lo que ha hecho casi todo el tiempo con sus compañeros y consigo mismo es discutir el valor que poseían las experiencias de otros artistas y las suyas propias.

El niño no entiende de arte, como tampoco de ciencia. Pero es un hecho que aprende antes a distinguir entre la realidad y el sueño, que entre lo bello y lo feo. Decid a un niño de cuatro años que dibuje una silla colocada de tal modo que no se le pueda ver más que dos patas. Pues la dibujará con cuatro patas, y si le pregun-

táis par qué dibuja cuatro patas cuando sólo ve dos, os responderá: «Pues porque tiene cuatro». Ofrecedle al niño mejor dotado una obra de arte. No la apreciará sino a partir de la edad en que comience a despertársele el gusto. Lo que le gusta al niño no es el arte, sino el juego y los juguetes y las historias infantiles, que son los juguetes del espíritu, pero que no son arte sino por excepción. En los pueblos latinos no poseemos sino en corta medida la literatura infantil, que tanto placer despierta entre los niños anglosajones. Desconocemos lo que son las *nurseryrhymes* o sea los versos para nenes, que los párvulos ingleses aprenden de memoria con deleite. Son versos mal hechos, unas veces incoherentes, otras prácticos, como que enseñan a contar hasta diez y a tener las uñas limpias. Para muestra de lo que son os traduciré una de esas rimas que dice:

Tilín, tilín, tilín,
el gato y el violín
y la vaca saltó sobre la luna.
El perro se rió
al ver esa fortuna
y la fuente se escapó con la cuchara.

Esta es la poesía que gusta a los niños, como también aquellos otros versos que cuentan la historia de veinticuatro sastres que fueron a matar a un caracol, aunque ni el más osado de todos ellos se atrevió a enseñar el rabo a la terrible bestia. En cierto modo es mucha verdad que el arte es la niñez del espíritu humano, niñez que, a Dios gracias, pueden conservar muchos hombres hasta la senectud, aunque Darwin se lamentaba en su vejez de haber perdido la afición a Shakespeare; pero el arte del niño es el juego; no el *sport*, sino el juego.

RAMIRO DE MAEZTU

Noviembre, 1923.

Serrano, 112,
Madrid.

Lucha por la cultura

Sr. don Omar Dengo.
San José de Costa Rica.

Mi estimado amigo y colega:

El tono y el título de esta carta para Ud. le explican claramente la intención de ella. A nadie mejor que a Ud. podría yo dirigirme para hablar del significado que para el momento actual de Costa Rica tiene el libro que el admirable y grande don Justo A. Facio acaba de publicar. Porque Ud., con palabras y con justicia profundas, nos presenta al maestro que tanto queremos quienes hemos vivido junto a él. Y cuando los intereses de la cultura nacional salen al campo de la claridad pública entonces sus prestigios aumentan, porque don Justo ha sido de los grandes creadores de cultura y de los grandes soñadores de acción y de ideal en nuestro país. No puedo mirar mi aún cercana adolescencia sin sentir el calor de aquellos días en que nos ardimos junto a la enseñanza de todo ese grupo de hombres, algunos viejos, algunos jóvenes, que nos mostraron el rumbo de la verdad, no en la intención de que ella exista, sino de que es posible. Y los primeros pasajes de una vida son los que en rigor la determinan y la salvan. Y don Justo estuvo entre los formadores de todas las inquietudes de las juventudes de Costa Rica.

Hablemos ahora de esta *Lucha por la cultura* en donde «este amable viejo (don Justo A. Facio), nos habla a los jóvenes de conspirar contra el pasado y siente así el orgullo de hablar como joven»!...

* *

El problema es muy simple: se trata en estas páginas fervorosas de defender la segunda enseñanza contra los ataques de una barbarie que desconoce el secreto actuante de las ideas y de los ideales. El argumento que se opone es muy simple: nuestras jóvenes naciones necesitan lo que corrientemente se llaman «hombres prácticos» y para formarlos es preciso constituir lo que se conoce con el nombre de «colegios vocacionales». Lo que se teme en el estado actual de la segunda enseñanza es muy simple: el influjo que en ella se les da a las materias que rozan el espíritu en una fruición de belleza; se temen los males de toda literatura. El empeño es muy simple: se busca equilibrar el presupuesto del Estado por medio de la supresión de la segunda enseñanza, dejándola así en manos de particulares. He aquí la síntesis de un debate dentro del cual triunfó el partido del autor de este pequeño manual de civismo. La discusión activa y violenta no tendría por ello mismo, ningún sentido en estos momentos, porque la enseñanza secundaria sigue fungiendo en el país como hasta ahora lo ha hecho. Nuevas corrientes se presentan dentro del liberalismo que se inicia en Costa Rica con las promesas de un Mensaje Presidencial en donde la causa de la cultura tiene todo el valor de su importancia cívica: el peligro se definió por el bien cuando esta polémica se presentó; el rumbo seguirá el sentido de la paz. Por nuestra parte, para discurrir sobre este libro de energía espiritual, nos colocamos desde el punto de vista del ideólogo y del periodista. Que se escuchen las ideas, los lugares comunes del pensamiento y del corazón, es lo que nos interesa. Quienes sientan las tentaciones del idealismo y de la acción que busquen estas páginas del viejo maestro de Costa Rica.

Contemplo el problema que me presenta mi viejo maestro y amigo desde mi punto de vista europeo, sin

dejar de ser por ello americano. No se quisiera uno entrometer en estas cosas en que el ideal y el pensamiento toman la vía pública, porque los intereses del ideal y del pensamiento se defienden por sí solos. Pero los hombres que se salen de sus dominios no comprenden la necesidad de ellos. Que la aberración del ignorante y del bárbaro es negar.

Hay cosas que no se deberían discutir; tales como estas de si la segunda enseñanza debe ser o no ser sostenida por el Estado. Todo criterio sensato se inclina por la afirmativa. Porque la primera obligación de todos los gobiernos es la de sostener sus instituciones; más todavía, la de crear siempre nuevas instituciones. Los principios afirmativos de un estado están en el número de altas instituciones que cuente. Y el mantenimiento, el crecimiento de la cultura de un país deben ser la base estable de la vida de un gobierno. No en el sentido de que hay que enseñar a leer y a escribir a todos los ciudadanos: procedimiento de peligro y de demagogia. Sino de que hay que crear el valor de una cultura, de un humanismo democrático en cada hombre: que crear en los planos del espíritu lo que se ha llamado en los planos de la política la opinión pública, el secreto del civismo. No la anarquía de la incomprensión de lo que se tiene entre manos: sí el orden, la conciencia, la responsabilidad. En una palabra, hacer de cada hombre una institución, un estado de conciencia; y para ello es error desarrollar exclusivamente facultades, vocaciones: que en cada ser humano, fuera del oficiante y del profesional, exista la institución de un deber, de una fuente de cultura. *La réalité des jeux est dans l'homme seul*, decía Paul Valery. Lo demás son sombras, sombras amables, si se quiere. Y las instituciones sólo se combaten con instituciones: sólo la historia, diría don Miguel de Unamuno, tiene el derecho de crear la historia.

¿Y por qué combatir el mal haciéndolo más grave? Es muy simple la fatalidad de la vida. Los países que se anulan como instituciones crean su propia barbarie. Don Justo nos recuerda esta frase del ilustre inglés lord Curson, que tiene todo el patético prestigio de una verdad: «La solidaridad mundial de los intelectuales es mucho más duradera y más provechosa para los hombres que los acuerdos internacionales celebrados entre políticos». Y recuérdese que lord Curson ha sido de los grandes defensores de la Liga de las Naciones. En el fondo, los hombres como los pueblos se debaten dentro de este dilema humano: ignorancia o cultura, en el que se define la grandeza o la pequeñez de cada cual. No hay que economizar ningún esfuerzo espiritual ni material en bien de la cultura. Y quien los borra del carnet de sus preocupaciones diarias está en el más grave de los errores: no es resolver una ecuación, borrarla, sino encontrarle el significado a cada una de sus incógnitas... Un Estado que allana sus dificultades suprimiéndolas es un embrión de Estado, no una realidad. ¿Se cree aún en el secreto del ahorro como fuente de riqueza? Me conformo más bien dentro de la audacia, dentro de la gran empresa: eso, hay que emprender, hay que forzar a la vida, hay que crear responsabilidades. Y sobre todo, hay que saber hacer uso de lo que se tiene. Ya lo dijeron los economistas en su ley de la oferta y la demanda. Por lo demás, ¿qué otro gran problema, fuera de la educación y de la cultura tienen nuestros gobiernos? Y no porque no seamos una nación seria y definida, sino porque la fatalidad histórica y geográfica nos hace no tener grandes problemas y porque vamos siendo un pueblo en formación. Costa Rica ha sido, dentro de una tradición justa y serena, un pueblo que ha sacado todos sus prestigios de su cultura: se nos ha respetado por ella. Así es grande la sorpresa de quien sospeche siquiera que ha habido una intentona de discusión con el fin de aminorar esa cultura de la que somos acreedores a un prestigio americano.

Bien sabemos que son los hombres prácticos los que alardean de cierto orgullo y los que luchan por hacer de la enseñanza un semillero de bárbaros. Para ellos están los intereses de lo que podría llamarse lo visual antes que las excelsitudes del espíritu. Sin embargo ellos viven de las últimas. No comprenden el sentido de lo puro, anegada como tienen la inteligencia en los rebuscamientos de lo absurdo y de lo inútil. Y los que preconizan el practicismo nunca han logrado perfeccionar la más perfecta de las máquinas, el hombre, para hacerlo salir de su estado casi constante de *cosa*. Y no importa qué etiqueta le hayamos puesto a cada hombre—ministro, soldado, hombre de letras, médico, artista—; siempre se ha querido ver en ellos, con el criterio de la *practicidad*, a cosas, a fenómenos incoherentes que no se trata de revelar a sí mismos... La sabiduría espanta a los que desconocen la sensibilidad de ella, a los que no sienten las alas de la lechuza griega. *¡Sofía!* Santa admirable a quien los bárbaros, los que invaden la sagrada cripta de los misterios, de las intimidades, tratan en vano de cubrir con un insolente mecanismo de fuerzas mecánicas. A tal negación aspiran los que se empeñan en desconocer que el secreto de las realidades está en buscar un estado de adaptación del espíritu con el mundo. Tengo el horror de los hombres prácticos porque ellos han confundido el practicismo, la actividad desinteresada de la inteligencia, con las más bajas ambiciones de la carne y del egoísmo. Y creo fuertemente en la acción salvadora del trabajo, de la comunidad santa del trabajo, en la unión de la gracia mental y de la rudeza admirable del mandil. Que los brazos se endurezcan bajo el claror del sol: que las voces de la aspiración humana ensordezcan a los hombres: que el oro no sea la ficción del avaro: que la sangre hierva en el entrocamiento de los más altos principios de rudeza y de crueldad por conquistar el mundo: que todo sea una aspiración por dominar lo que se oculta detrás de cada quietud, de cada incertidumbre. Pero que el espíritu vele, que la inteligencia no duerma en una conformidad llena de satisfacciones. Error, error: lo que no tiene un principio espiritual es copa que se vuelca sobre el vacío de una inutilidad. Salvemos el mundo de las apariencias, pero no olvidemos que somos hombres categóricos, de carne y hueso, con un pasado y un presente y un porvenir. Midamos nuestra línea efímera de vida con el látigo de una voluntad férrea, retorzámonos en un voluptuoso dominio de nuestras bajezas, con todos los encantos del pecado: no olvidemos, sin embargo, que nuestra misión es destronar a Dios. Tarea temible, pero fatal...

Seremos unos insensatos: pero en este siglo en que se vive tan de prisa; en que los acordes de la vida son de una rapidez que asombra, lo más cuerdo es no llegar a ser un hombre, por lo menos en el sentido en que lo entienden quienes hacen el continuo elogio de él. Porque los hombres prácticos son los más dañinos: enemigos de la cultura, de todas las excelencias del buen pensar y del buen sentir. Buscan por todas partes el oro del judío, se amparan en viejas fórmulas ajenas a toda tradición, odian la inteligencia por pereza—última etapa de los infusorios mentales—, rehuyen las nuevas formas de la sociedad, la opresión es su solo medio de dominio de hombres—no importa en qué sentido deban ejercerla: en fin, se vitalizan en aquellos principios «estáticos» de que nos hablaba Karl Marx. En una palabra, constituyen *las derechas* del progreso, más alarmantes que *las derechas* de los Parlamentos. Pero allí están los que sueñan, los que accionan, los que piensan, los que sienten; allí están los que van llenando el vacío del tiempo con los ensueños de la más pura idealidad, de la más sensible idealidad; allí están los que van dándole espíritu a los triunfos

de lo práctico. Mi querido amigo y colega, allí están ustedes, los que hacen la defensa de la cultura: ustedes que buscan la acción del espíritu, el alto cargo de formar hombres, de definir, aunque provisoriamente, caracteres; ustedes, que odian todo autodidactismo, porque creen en el secreto infinito del orden, de la medida, del reposo, de la belleza como ritmo.,..

Meditemos en el acento optimista de esta frase de don Justo: «Hoy como antaño, esta república de labriegos (Costa Rica), antes que una comunidad política, es una Arcadia en que el noble ejercicio de la fraternidad tiene la fuerza de una ley biológica». Y más adelante, después del elogio ferveroso de nuestra cultura, agrega: «Ya aquí llegamos derechamente a la conclusión de que ha sido la cultura quien nos ha deparado el sentimiento consciente y firme en que descansa esa viril actitud de nuestra soberanía; porque al número que abruma sólo la inteligencia se opone con éxito»! Tal es en verdad el estado interior y exterior de nuestra vida de pueblo libre y soberano. En esa balanza espiritual fluctúa nuestra vida diaria: el fiel parece permanecer inmóvil, más o menos. No es justo, no es lógico jugar con las balanzas de precisión, porque se pueden romper. ¿Para qué insistir en una lucha que desharía la obra de un siglo de trabajo?

¡El mal de toda literatura! Cierto, peligroso, estéril. Pero se confunde la literatura con la cultura. Y son dos cosas distintas. La confusión viene de un error no menos grave: se confunde la ciencia pura con la ciencia aplicada. Porque esta última es la que conocen casi todos los hombres, con raras excepciones. Para el hombre práctico—*ce-lui-qui-ne-comprend-pas*—, es hombre de ciencia cualquier profesional: falso. Hay hombres de letras que son más hombres de ciencia que cualquier profesional de la ciencia. La confusión es grave: se confunde el oficio con el secreto humanista de una profesión. Y en la escala de los valores humanos—no de los valores humanistas—, están en la misma categoría el fabricante de zapatos y el médico. La utilidad de un servicio los auna: sólo la disparidad del desinterés y de la sabiduría los separa. Existen dos aristocracias excelsas: la de los hombres que trabajan en los dominios de lo puro, de lo abstracto, y la de los hombres que sienten el *fuego sagrado* de la acción, de las realidades idealmente prácticas. Fuera de ellas todo lo demás es monotonía, oficio, ejecución de lo que Darwin llamaba *the struggle for life*... Suprimid los pueblos nuevos de la tierra, aquellos que se imponen en formas trascendentes de progreso y de cultura de la materia en todas sus manifestaciones utilitarias—Alemania, los Estados Unidos, Rusia (en quienes el orden, la serenidad, la lógica no han encontrado todavía el secreto de un movimiento rítmico)—, y quedarán flotando en vuestros espíritus los cinco o siete grandes hombres que fueron formando esas naciones de las que se enorgullece la vanidad humana: Kant, Goethe, Fichte; Emerson, Walt Whitman; Tolstoi, Dostoiewsky. Sobre lo demás un otoño violento ejercerá su ley eterna... Con cierta melancolía lo dijo Renan: *Hasta los dioses mueren*... Don Justo nos dice de comprender el secreto edificante del libro, el valor vital de la palabra escrita, la suave caricia del arte, hecha de ensueño y de gracia, para que se vea que las aberraciones de los enemigos de la cultura son obra de bárbaros. Nos lo recuerda: la grandeza de Alemania se hizo en torno a un libro fundamental de Fichte, *Discursos a la nación alemana*. Leed estos capítulos candentes del libro de don Justo, en los cuales hace la defensa de la cultura literaria; seguid el hilo de su fuerza, un tanto melancólica y apasionada, y sentiréis toda la grandeza de esta alma que arde en el deseo de regenerar a los hombres con los encantos del arte en todas sus manifestaciones. Eso sí, él comprende que todo en la vida está hecho a base de sacrificio: no acepta sino la obra excelsa, la obra que tiene aspiraciones a lo eterno, «la obra práctica». También don Justo nos recuerda que para justificar todas las grandezas de la historia se buscaron siempre los prestigios del pensamiento y de la belleza. ¿A qué renegar de la literatura? Se vuelve a confundir al hombre con su profesión. Pero dejad que los hombres pasen; dejad que las pasiones pasen; dejad que las miserias humanas sean dueñas de la vida cotidiana, pero respetad lo alto; la iniciación hacia lo divino, hacia lo eterno. Cada criatura es un cazador que una mañana partió hacia un viaje: si salieron las abejas a zumbarle en los oidos, fué necio al no oirlas. Porque el hastío le dictará nuevas cosas... No son dañinos los hombres de letras: son dañinos los malos hombres de letras: enemigos de la cultura, aprended a conocerles para que vuestro desprecio nos libre de sus atentados a la belleza. Y sed implacables.

Ya lo ve Ud., mi querido amigo y colega, los que vamos en esta galera de las inquietudes espirituales creemos aún en el bien consolador de la belleza y de la vida; y cuando encontramos a estos espíritus que nos conmueven sinceramente con acentos de verdad y de lucha, entonces nuestra razón se convierte en pasión, eso sí, en un sentido cartesiano. No sabe Ud., con cuánto placer he leído y releído estas páginas que me han recordado tantas cosas de mi adolescencia. Y en verdad que estos libros de combate, llenos de serenidad por la bravura que fermenta, son los únicos manuales de energía que necesitamos: creo en el poder del periodismo, del panfletismo, en el sentido altamente democrático en que lo entiende nuestro don Justo A. Facio. Si su combate tuviera un tanto de humor, sus artículos nutridos de sinceridad y de bondad me recordarían las páginas del inglés Thackeray. Lo que en verdad yo quisiera es que este libro diminuto se leyera mucho, se difundiera mucho tanto en el país como en el extranjero; que fuera para nosotros eso que Barrés llamaba «los bastiones de la cultura». Y que, *au-dessus de la mêlée*, volara con todo el fervor que devora sus bien construidas 100 páginas...

Con mi más fuerte abrazo de admiración para el viejo y querido maestro, autor de la *Lucha por la Cultura*, y con el abrazo para Ud., mi querido colega y amigo, de quien he sido siempre un admirador,

LEÓN PACHECO

17 Avenue Kleber, París.

París y primavera.
Junio 14 de 1924.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢	0.50
El tomo (24 entregas)		12.00
El tomo (para el exterior)	$	3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)		20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Juan Clemente Zenea:

su vida y su obra

(Concluye. *Viene de la entrega anterior*).

Relacionemos, sintéticamente, estos sucesos, con los que determinaron, otra vez, la intervención directa de Zenea en la cuestión revolucionaria cubana.

A tiempo de estos fracasos, se presentó en Nueva York, el conocido hombre público cubano don Nicolás Azcárate, que venía en nombre del Ministro de Ultramar, don Segismundo Moret y del General Prim, presidente del gabinete liberal que, a la sazón, dominaba en España, a proponer soluciones pacíficas, halagadoras, a la Junta Cubana, entre ellas, el establecimiento de la autonomía y el desarme de los voluntarios, con objeto de que ésta las trasladase a los cubanos en armas.

La Junta no prestó oído a tales proposiciones; pero Azcárate continuó laborando, en privado, por el éxito de su empresa. Zenea era su amigo íntimo, y a fuerza de oirlo hablar de tan halagadores proyectos y a fuerza de ser él de los más desilusionados sobre el triunfo de la guerra, aceptó de Azcárate la comisión de personal, de ir a conferenciar sobre el proyecto al campo de la lucha, bien que advertía su adhesión a ésta, a la cual permanecería fiel, si no eran aceptadas las proposiciones.

Entonces, Azcárate, para garantizar la seguridad de Zenea obtuvo del Ministro Plenipotenciario español, en Washington, Sr. Dionisio López Robert, en primero de noviembre de 1870, un salvo-conducto firmado por él y escrito de su letra, en el cual éste, en nombre de S. A. la Reina Regente, ordenaba se dejase paso libre para entrar y salir de Cuba, al portador, don Juan Clemente Zenea.

Con esta garantía se puso inmediatamente en camino, el cauto poeta. El 3 de noviembre salió de Nueva York rumbo a Nassau donde fletó un barcó que lo llevó direcdirectamente a las costas de su patria. Llegó el 28 del mismo mes. A los catorce días de su arribo, estaba en el campamento revolucionario. Habló con el Presidente, Carlos Manuel de Céspedes, y como éste desestimó las proposiciones, se dispuso para retornar a Nueva York.

El 23 de diciembre salió del campamento presidencial, acompañado de la esposa de Céspedes, confiada a él hasta su llegada a Nueva York y llevando papeles importantes para la Junta. Guías expertos lo pusieron en la costa inmediatamente; pero la goleta que trajo a Zenea y que tenía el compromiso de esperarlo en el mismo lugar del desembarco, pasado un mes de éste, no se hallaba en el sitio convenido.

Aguardando, se pusieron a dar vueltas inútiles en los alrededores, hasta que, de una manera fortuita, el 3 de diciembre, se encontraron frente a un campamento, que ellos imaginaron de insurrectos, pues al ¡Quién, Vive! suyo, contestaron ¡Cuba Libre!

Al penetrar en él, inmediatamente, fueron cercados. Los acompañantes se dieron a la fuga, excepto el leal práctico, que fué fusilado al instante de caer prisionero.

Zenea, caballero de una dama, tampoco huyó, y hubiera sido ejecutado, con el guía, si no hubiese mostrado su salvo-conducto. Llevado a Nuevitas fué embarcado en un cañonero, maniatado y hundido en la bodega como un reo de la peor especie.

El 12 de enero llegó a la Habana. Desembarcó en el mismo lado de la bahía donde está La Cabaña, presidio militar donde se hundió para siempre en el silencio, ocho meses antes de entrar en la eternidad. Nadie logró verlo, nadie pudo hablar con él, ni un amigo, ni un compatriota lo auxiliaron en la negra bartolina donde cayó desamparado. Sólo los centinelas que rondaban su triste calabozo y los esbirros que lo aherrojaban, vieron su faz juvenil marchitarse día por día y caer en la senectud y en la más desgarradora miseria física. Entró en la prisión con la abundante melena negra, y el día de su muerte se cortó una guedeja que dejar en memoria a su hija, y en ella todo el pelo era blanco...

* *

Era Capitán General de la isla de Cuba don Blas Villalta, Conde de Valmaseda, que a petición de los voluntarios de la Habana fué nombrado para este cargo en virtud de sus relevantes dotes de actividad y de su celo por acabar la guerra. Bajo sus auspicios, cometieron los referidos voluntarios todo género de tropelías, entre ellas, el fusilamiento de los estudiantes de medicina, el 27 de noviembre de 1871. El martirio de Zenea, ese mismo año, coronó su obra de mal entendido patriotismo.

Para desdicha del poeta prisionero, por extraña coincidencia, el mismo día que él cayó en poder de la columna española, caía también, mortalmente herido en Madrid, el General Prim. Asímismo, Azcárate había dejado Nueva York. Cuando tuvo noticia de la prisión regresaba a Madrid. En Liverpool, en escala de viaje, recibió un cable de la esposa del poeta noticiándole el triste suceso. Al instante, cablegrafió Azcárate a Washington y Madrid y obtuvo del Plenipotenciario, un mensaje a Valmaseda ratificando el salvo-conducto y del Ministro Sr. Moret una orden pidiendo su libertad, incontinenti.

A ambos contestó el conde, desacatadamente, diciendo que el prisionero no podía ser puesto en libertad porque estaba sujeto a un proceso.

Los papeles que Céspedes entregara a Zenea, comprometieron su situación: decían, los que lo juzgaban, que había sido traidor a España, convirtiéndose en emisario del gobierno revolucionario.

De más está decir que en la conducta de Zenea no hubo traición, pues que jamás hubo fidelidad. Que si él aceptó la misión conciliadora fué haciendo constar que permanecería adicto a la causa cubana si los patriotas rechazaban las proposiciones de paz.

Mas, Zenea era odiado por los españoles. Sus esfuerzos por la libertad de Cuba eran asaz conocidos. Al haberlo hecho prisionero, de seguro que no se les escaparía.

Todo para él fué adverso... Con la muerte de Prim, cayó su Ministerio. Moret dejó de ser Ministro de Ultramar. En su puesto fué nombrado el aplaudido comediógrafo don Adelardo López de Ayala cuya proverbial apatía nada hizo por Zenea; no obstante la privada gestión acerca de él, realizada por Moret y Azcárte.

De día en día la situación del prisionero fué haciéndose más y más crítica: los voluntarios lo llamaban de voz en cuello, traidor. Un periódico, que por antífrasis, se llamaba *La Voz de Cuba*, órgano de éstos, lo acusaba a diario de *alta traición*.

Cuando el prisionero de *La Cabaña* vino a darse cuenta de su horrible estado, fué cuando la dureza y arbitrariedad de los que vinieron a instruirlo de cargos, le demostró que si se le levantaba un proceso era puramente formal, del cual sólo resultaría lo que *a fortiori* se habían propuesto sus jueces: declarar su culpabilidad y enviarlo al garrote.

Ante su incomunicación absoluta, que no le permitía consultar abogado o amigo, desorientado, respondió a los interrogatorios de una manera vaga, temiendo perjudicarse al decir la verdad. Mal acostumbrado a la mentira, cayó en contradicciones frecuentes, al urdir escapatorias, que él creía necesarias, para cohonestar las declaraciones vagas que antes hiciera. Esta conducta fué advertida por

sus enemigos, que enojados, llamaron a sus evasivas, *veleidades de Zenea*.

El fiscal de su causa le sugirió sinceraciones secretas al Capitán General, con el fin de que destruyese ese mal efecto, y una carta suya a éste, producto de una debilidad desdichada, vino a echar la única sombra sobre su límpida conducta. Pero ni esto influyó en su favor. El Capitán Genaral leyó el escrito que Zenea enviara a base de *secreto*, y trazó estas palabras al dorso: *Devuélvase al Fiscal y añádase a la causa*.

Sólo quedan a algunos días de vida al desdichado reo. Sigámoslo en el exódo hasta que emprenda el viaje al infinito...

Durante el tiempo de su encarcelamiento su más grande dolor había sido la completa inacción. Privado de la palabra, la escritura y la lectura, pasaba el tiempo dolientemente, con la cabeza doblada sobre el pecho, sumergido en quién sabe cuán sombríos pensamientos. Cuando, en visita especial al castillo, su gobernador, alguna vez se detuvo en la puerta de su bartolina, sólo se le oía exclamar con acento lastimero: ¡Un libro, señor..! ¡Señor, un libro...!

En aquellos calabozos de *La Cabaña*, alojamiento de paredes macizas, de piedra y suelo húmedo de ladrillo, con una sola abertura lateral, enrejada, al lado de los fosos, formados por los altos muros del castillo, por donde, si la luz entraba a raudales, jamás se dejaba ver un pedazo azul del cielo, el tiempo era el más adicto cómplice de sus enemigos.

Nada contribuía a aliviar sus horas de angustia y de enfermedad. A consecuencia de la jornada, a pie, desde el lugar donde fué hecho prisionero, hasta Nuevitas, le salieron pertinaces llagas en las piernas, para cuya dolencia pidió médico, en vano, distintas ocasiones, sin que se le concediera, so pretexto de interrumpir la incomunicación.

Sólo la poesía, en horas propicias, vino a consolarlo. Así escribió algunas composiciones, verdaderas flores de tumba, con que tejió su corona de mártir.

Estas, conservadas en la memoria, fueron escritas en unas escasas cuartillas, que nadie ha podido saber como obtuvo, con una letra microscópica, temeroso de que no le alcanzara el papel.

Así, con un pedazo de carbón, o con la punta de instrumento duro, alfiler o cuchilla, grabó todas las paredes de su calabozo con un nombre de mujer... ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! con obstinación perpetua... ¡Era el nombre de su hija!

Todas estas poesías que llegan a diez y siete, están consagradas a cantar nostalgias y recuerdos de su corta y amada familia: su mujer y su niña, con la sola excepción de una, en que otra musa más risueña vino a visitarlo y recuerda amores de su juventud.

Repasemos *el Diario de un Mártir*, desde aquella rima plañidera por donde comienza:

Si después que yo muera
al hogar de un amigo
mi huérfana, infeliz y pordiosera
llega, implorando protección y abrigo,
y albergue hospitalario
encuentra en su desgracia,
yo saldré del sepulcro solitario
y al buen amigo le daré las gracias...

Luego, cuando abre los ojos en las mañanas dolorosas de la prisión exclama:

Despierto, oyendo angustiado
que la voz de un ser amado
me llama, con ansiedad,
y en el sitio acostumbrado
busco el lecho de Piedad...

¡Fué juego de la pasión!
¿Su lecho? ¡Qué desvarío!
¡Torturadora ilusión!
Si no hay más lecho que el mío
en esta oscura prisión...

Zenea había entrado el doce de enero en presidio. El quince era aniversario de su matrimonio, y escribe:

¡Ah, cuántas veces, una vida entera,
al llegar este día,
despertaba mi hermosa compañera
sonriendo de esperanza y de alegría...
Y hoy, al abrir los ojos... ¡Qué amargura!
¡Oh, cuánto habrá sufrido,
al comparar la horrible desventura
con las delicias del hogar perdido...!

Otra vez oye acordes de un piano que salían de la parte del castillo habitada por su gobernador y reconoce en ellos una dulce y popular canción cubana: *La bayamesa*, y al recordar cuántas veces, en época de felicidad, la oyera cantar a su esposa, gime:

¡Conozco esa canción, ecos perdidos
sus notas son, de plácidas historias
que a sus dulces y lánguidos sonidos
desde mi edad de fáciles victorias
están acostumbrados mis oídos...

¿Qué cosas al espíritu agitado
no dirán esas voces gemidoras?
¿Qué no dirán al triste encarcelado
hablándole en el ansia de estas horas
de alegres tiempos del amor pasado...?

Una vez piensa en la hora en que partió de su hogar, lleno de esperanzas y de buenos deseos y en la niña amada de quien no se despidió, y en versos tan graciosos y movidos que parecen salir de un alma en fiesta, cuenta:

—¿Te despides, al partir
de la niña? —No, por Dios,
que por no hacerla sufrir
me iré, sin decirle adiós.

—Si llama al padre, al tornar
de la escuela... ¿qué diré?
—¡Que por no verla llorar,
sin verla, el padre se fué...!

Y cuando las graciosas aves emigrantes, que viven en los desconchados de los muros, rondan su reja de presidiario, compone su rondinela, la poesía más tierna y juguetona, como el mismo revolotear de las golondrinas, que ha quedado eterna como su pena y su nombre:

Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando, alegre estás...
¿de dó vienes, golondrina?
Golondrina, dónde vas...

Has venido a esta región
en pos de flores y espumas
y yo clamo en mi prisión
por las nieves y las brumas
del cielo del Septentrión.

¡Bien quisiera contemplar
lo que tú dejar quisiste!
¡Quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina... y volar...!

Quisiera a mi hogar volver,
y allí, según mi costumbre,
sin desdicha que temer,
verme al amor de la lumbre
con mi niña y mi mujer...

Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue viaje,
y no te acuerdes de mí.

Que si buscas, peregrina,
do su frente un sauce inclina
sobre el polvo del que fué...
¡golondrina! ¡golondrina!
no lo habrá donde yo esté...

No busques volando inquieta
mi tumba oscura y secreta.
Golondrina, no lo vés?
¡En la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés...

Estos versos, que cuidadosamente guardaba, los entregó al Cónsul de los Estados Unidos, cuya visita pidió la víspera de su ejecución, en su calidad de ciudadano americano, encargándole que se los entregara a su esposa, con el anillo de bodas, un cadejo de su encanecido pelo, y sus lentes de oro, que rogó fuesen recogidos después de su muerte.

Esta se dispuso, al fin, en sentencia que terminaba así: «Considerando que por su conducta y por otros graves cargos que aparecen contra él, ha cometido, por segunda vez, el delito de traición, el Consejo de Guerra condena, por unanimidad, al mencionado Don Juan Clemente Zenea, a la pena de muerte en garrote vil, conforme a la ley primera y segunda...»!

Tramitadas otras formalidades, el día 23 de agosto se firmó la sentencia, ordenando que se ejecutara inmediatamente, con la sóla salvedad, de que en vez de ser agarrotado el reo, fuese pasado por las armas, por no haber, de momento, verdugo en la ciudad.

El 24 fué puesto en capilla. Rechazó Zenea, con toda firmeza, los auxilios religiosos; aunque aceptó la compañía del sacerdote, que era cubano, con quien estuvo departiendo toda la víspera de su muerte.

La mañana del 25 salió, entre un piquete, rumbo a un patio del castillo, murallado de altos bastiones, el *Foso de los Laureles*. En él estaba formado el cuadro que lo aguardaba para la ejecución. Zenea se dispuso a morir... Pero aún había de pasar por la última humillación y tortura: se le ordenó, y se le quiso obligar a que se pusiese de rodillas, a lo que fieramente, se negó... Entonces, en un gesto supremo, marchó hacia la pared ante la cual había de realizarse el suplicio y detenido ante ella, alzó, silenciosamente, las manos para dejar el pecho descubierto a las balas, y cayó en el mismo momento, derribado por una descarga...

Ahora que el amor lleva en peregrinación devota, todos los años, al pueblo, ante *el Foso de los Laureles*, donde cayó sin vida, he visto hacerle la ofrenda más hermosa que puede consagrar la admiración y el cariño: de allá, de Casa Blanca, suburbio que está al otro lado de la bahía de la Habana, vino una congregación de niños asilados, más que pobremente vestidos, con sus ropas casi desgarradas y no muy limpias, y sus pies semi desnudos. Hacían guardia de honor delante de la pared de su martirio. Cada uno, adelantaba en sus manos hacia el cielo, una rama de laurel recién cortada de los campos, como un ¡PRESENTEN ARMAS...! a su inmortalidad...

EMILIA BERNAL

Hotel Lutetia, Chambre. 719,
43, Boulevard Raspail
París.



La nueva amistad ruso-mejicana

(De *El Sol*, Madrid).

Si el reconocimiento del Gobierno ruso no tuviese otras utilidades que las mercantiles, el último acto de Méjico no tendría, en realidad, importancia ninguna. Los buenos hombres de Francia e Inglaterra que patrocinan la reconcilación con los Soviets, y los Soviets mismos, exhiben, para convencer a los intransigentes, las ventajas económicas que pueden obtener unos y otros países comerciando con Rusia. Aquí, en Europa, el aspecto práctico es el más importante. Cada país, igual que cada hombre, sabe a qué atenerse en punto a doctrina. La lucha ideológica no se realiza de país a país, sino de hombre a hombre. Las entidades nacionales, a pesar del rabioso encono de los nacionalismos, no son más que entidades geográficas. Los propios nacionalismos, mirados desde el apoyo recíproco que se prestan en los momentos de desgracia por encima de las fronteras, forman un conglomerado internacional. Aparte Rusia, no hay otra nación que represente, como nación, una idea política. Todas representan, matizadamente, todas las doctrinas.

Pero en América el fenómeno es distinto. En América se impone el patronato, más que político, doctrinario de los Estados Unidos. Se impone, además, de un modo inevitable. Porque, así como Rusia representa al comunismo en el mundo, los Estados Unidos representan al capitalismo. Rusia y Estados Unidos son los dos polos de la espiral ideológica de los hombres actuales. Entre ambos existe el antagonismo político más irreductible. Es casi seguro que Rusia logrará reconciliarse muy pronto con los demás Gobiernos del mundo. Con los únicos que no podrá reconciliarse, a pesar de su inteligencia diplomática, es con el de Estados Unidos y con sus dependientes centro y suramericanos.

Desde luego, sería ridículo hablar del capitalismo hispanoamericano. Los países de la América española son, económicamente, países coloniales. También en Europa, fuera del inglés, del francés y del alemán, los demás capitalismos sin capital, no obstante el encarnizamiento de sus políticas, dan risa. Pero ahora se trata, en el caso de Méjico, de una cuestión de doctrina. Rusia y Méjico pueden pasarse muy bien sin comprarse ni venderse nada. Las ventajas comerciales no juegan en ninguna forma. Lo que caracteriza el reconocimiento del Gobierno ruso es lo que significa doctrinariamente. Contra la influencia capitalista que desde los Estados Unidos envenena a los débiles países del continente, Méjico, recibiendo oficialmente en su recinto al comunismo ruso, le ha opuesto la otra gran fuerza ideológica que mueve hoy a los hombres.

A Méjico le faltaba este acto para destacar mejor su carácter. Sobre su revolución y sobre su nuevo régimen se han dicho muchas cosas inexactas. Una de ellas, tal vez la mas inexacta, es que sean una revolución y un régimen socialistas. Aunque algunas de sus reformas signifiquen un evidente avance social, no puede decirse, ni mucho menos, que el estado actual de Méjico es un estado socialista. Pero lo que sí puede decirse con exactitud es que Méjico representa la lucha contra la influencia doctrinaria y política de Estados Unidos en América. Dentro del desarrollo de esta lucha, que en algún momento ha sido verdaderamente heroica, reconciliarse con Rusia significa empeñarse más en ella. Porque Rusia lucha también encarnizadamente contra los Estados Unidos.

CÉSAR FALCON

sus enemigos, que enojados, llamaron a sus evasivas, *veleidades de Zenea*.

El fiscal de su causa le sugirió sinceraciones secretas al Capitán General, con el fin de que destruyese ese mal efecto, y una carta suya a éste, producto de una debilidad desdichada, vino a echar la única sombra sobre su límpida conducta. Pero ni esto influyó en su favor. El Capitán General leyó el escrito que Zenea enviara a base de *secreto*, y trazó estas palabras al dorso: *Devuélvase al Fiscal y añádase a la causa*.

Sólo quedan a algunos días de vida al desdichado reo. Sigámoslo en el exódo hasta que emprenda el viaje al infinito...

Durante el tiempo de su encarcelamiento su más grande dolor había sido la completa inacción. Privado de la palabra, la escritura y la lectura, pasaba el tiempo dolientemente, con la cabeza doblada sobre el pecho, sumergido en quién sabe cuán sombríos pensamientos. Cuando, en visita especial al castillo, su gobernador, alguna vez se detuvo en la puerta de su bartolina, sólo se le oía exclamar con acento lastimero: ¡Un libro, señor..! ¡Señor, un libro...!

En aquellos calabozos de *La Cabaña*, alojamiento de paredes macizas, de piedra y suelo húmedo de ladrillo, con una sola abertura lateral, enrejada, al lado de los fosos, formados por los altos muros del castillo, por donde, si la luz entraba a raudales, jamás se dejaba ver un pedazo azul del cielo, el tiempo era el más adicto cómplice de sus enemigos.

Nada contribuía a aliviar sus horas de angustia y de enfermedad. A consecuencia de la jornada, a pie, desde el lugar donde fué hecho prisionero, hasta Nuevitas, le salieron pertinaces llagas en las piernas, para cuya dolencia pidió médico, en vano, distintas ocasiones, sin que se le concediera, so pretexto de interrumpir la incomunicación.

Sólo la poesía, en horas propicias, vino a consolarlo. Así escribió algunas composiciones, verdaderas flores de tumba, con que tejió su corona de mártir.

Estas, conservadas en la memoria, fueron escritas en unas escasas cuartillas, que nadie ha podido saber como obtuvo, con una letra microscópica, temeroso de que no le alcanzara el papel.

Así, con un pedazo de carbón, o con la punta de instrumento duro, alfiler o cuchilla, grabó todas las paredes de su calabozo con un nombre de mujer... ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad! con obstinación perpetua... ¡Era el nombre de su hija!

Todas estas poesías que llegan a diez y siete, están consagradas a cantar nostalgias y recuerdos de su corta y amada familia: su mujer y su niña, con la sola excepción de una, en que otra musa más risueña vino a visitarlo y recuerda amores de su juventud.

Repasemos *el Diario de un Mártir*, desde aquella rima plañidera por donde comienza:

Si después que yo muera
al hogar de un amigo
mi huérfana, infeliz y pordiosera
llega, implorando protección y abrigo,
y albergue hospitalario
encuentra en su desgracia,
yo saldré del sepulcro solitario
y al buen amigo le daré las gracias...

Luego, cuando abre los ojos en las mañanas dolorosas de la prisión exclama:

Despierto, oyendo angustiado
que la voz de un ser amado
me llama, con ansiedad,
y en el sitio acostumbrado
busco el lecho de Piedad...

¡Fué juego de la pasión!
¿Su lecho? ¡Qué desvarío!
¡Torturadora ilusión!
Si no hay más lecho que el mío
en esta oscura prisión...

Zenea había entrado el doce de enero en presidio. El quince era aniversario de su matrimonio, y escribe:

¡Ah, cuántas veces, una vida entera,
al llegar este día,
despertaba mi hermosa compañera
sonriendo de esperanza y de alegría...
Y hoy, al abrir los ojos... ¡Qué amargura!
¡Oh, cuánto habrá sufrido,
al comparar la horrible desventura
con las delicias del hogar perdido...!

Otra vez oye acordes de un piano que salían de la parte del castillo habitada por su gobernador y reconoce en ellos una dulce y popular canción cubana: *La bayamesa*, y al recordar cuántas veces, en época de felicidad, la oyera cantar a su esposa, gime:

¡Conozco esa canción, ecos perdidos
sus notas son, de plácidas historias
que a sus dulces y lánguidos sonidos
desde mi edad de fáciles victorias
están acostumbrados mis oídos...

¿Qué cosas al espíritu agitado
no dirán esas voces gemidoras?
¿Qué no dirán al triste encarcelado
hablándole en el ansia de estas horas
de alegres tiempos del amor pasado...?

Una vez piensa en la hora en que partió de su hogar, lleno de esperanzas y de buenos deseos y en la niña amada de quien no se despidió, y en versos tan graciosos y movidos que parecen salir de un alma en fiesta, cuenta:

—¿Te despides, al partir
de la niña? —No, por Dios,
que por no hacerla sufrir
me iré, sin decirle adiós.

—Si llama al padre, al tornar
de la escuela... ¿qué diré?
—¡Que por no verla llorar,
sin verla, el padre se fué...!

Y cuando las graciosas aves emigrantes, que viven en los desconchados de los muros, rondan su reja de presidiario, compone su rondinela, la poesía más tierna y juguetona, como el mismo revolotear de las golondrinas, que ha quedado eterna como su pena y su nombre:

Mensajera peregrina
que al pie de mi bartolina
revolando, alegre estás...
¿de dó vienes, golondrina?
Golondrina, dónde vas...

Has venido a esta región
en pos de flores y espumas
y yo clamo en mi prisión
por las nieves y las brumas
del cielo del Septentrión.

¡Bien quisiera contemplar
lo que tú dejar quisiste!
¡Quisiera hallarme en el mar,
ver de nuevo el Norte triste,
ser golondrina... y volar...!

Quisiera a mi hogar volver,
y allí, según mi costumbre,
sin desdicha que temer,
verme al amor de la lumbre
con mi niña y mi mujer...

Si el dulce bien que perdí
contigo manda un mensaje
cuando tornes por aquí,
golondrina, sigue viaje,
y no te acuerdes de mí.

Que si buscas, peregrina,
do su frente un sauce inclina
sobre el polvo del que fué...
¡golondrina! ¡golondrina!
no lo habrá donde yo esté...

No busques volando inquieta
mi tumba oscura y secreta.
Golondrina, no lo vés?
¡En la tumba del poeta
no hay un sauce ni un ciprés...

Estos versos, que cuidadosamente guardaba, los entregó al Cónsul de los Estados Unidos, cuya visita pidió la víspera de su ejecución, en su calidad de ciudadano americano, encargándole que se los entregara a su esposa, con el anillo de bodas, un cadejo de su encanecido pelo, y sus lentes de oro, que rogó fuesen recogidos después de su muerte.

Esta se dispuso, al fin, en sentencia que terminaba así: «Considerando que por su conducta y por otros gra ves cargos que aparecen contra él, ha cometido, por segunda vez, el delito de traición, el Consejo de Guerra condena, por unanimidad, al mencionado Don Juan Clemente Zenea, a la pena de muerte en garrote vil, conforme a la ley primera y segunda...»!

Tramitadas otras formalidades, el día 23 de agosto se firmó la sentencia, ordenando que se ejecutara inmediatamente, con la sóla salvedad, de que en vez de ser aga rrotado el reo, fuese pasado por las armas, por no haber, de momento, verdugo en la ciudad.

El 24 fué puesto en capilla. Rechazó Zenea, con toda firmeza, los auxilios religiosos; aunque aceptó la compañía del sacerdote, que era cubano, con quien estuvo departiendo toda la víspera de su muerte.

La mañana del 25 salió, entre un piquete, rumbo a un patio del castillo, murallado de altos bastiones, el *Foso de los Laureles*. En él estaba formado el cuadro que lo aguardaba para la ejecución. Zenea se dispuso a morir... Pero aún había de pasar por la última humillación y tortura: se le ordenó, y se le quiso obligar a que se pusiese de rodillas, a lo que fieramente, se negó... Entonces, en un gesto supremo, marchó hacia la pared ante la cual había de realizarse el suplicio y detenido ante ella, alzó, silenciosamente, las manos para dejar el pecho descubierto a las balas, y cayó en el mismo momento, derribado por una descarga...

Ahora que el amor lleva en peregrinación devota, todos los años, al pueblo, ante *el Foso de los Laureles*, donde cayó sin vida, he visto hacerle la ofrenda más hermosa que puede consagrar la admiración y el cariño: de allá, de Casa Blanca, suburbio que está al otro lado de la bahía de la Habana, vino una congregación de niños asilados, más que pobremente vestidos, con sus ropas casi desgarradas y no muy limpias, y sus pies semi desnudos. Hacían guardia de honor delante de la pared de su martirio. Cada uno, adelantaba en sus manos hacia el cielo, una rama de laurel recién cortada de los campos, como un ¡PRESENTEN ARMAS...! a su inmortalidad...

EMILIA BERNAL

Hotel Lutetia, Chambre. 719,
43, Boulevard Raspail
París.



La nueva amistad ruso-mejicana

(De *El Sol*, Madrid).

Si el reconocimiento del Gobierno ruso no tuviese otras utilidades que las mercantiles, el último acto de Méjico no tendría, en realidad, importancia ninguna. Los buenos hombres de Francia e Inglaterra que patrocinan la reconcilación con los Soviets, y los Soviets mismos, exhiben, para convencer a los intransigentes, las ventajas económicas que pueden obtener unos y otros países comerciando con Rusia. Aquí, en Europa, el aspecto práctico es el más importante. Cada país, igual que cada hombre, sabe a qué atenerse en punto a doctrina. La lucha ideológica no se realiza de país a país, sino de hombre a hombre. Las entidades nacionales, a pesar del rabioso encono de los nacionalismos, no son más que entidades geográficas. Los propios nacionalismos, mirados desde el apoyo recíproco que se prestan en los momentos de desgracia por encima de las fronteras, forman un conglomerado internacional. Aparte Rusia, no hay otra nación que represente, como nación, una idea política. Todas representan, matizadamente, todas las doctrinas.

Pero en América el fenómeno es distinto. En América se impone el patronato, más que político, doctrinario de los Estados Unidos. Se impone, además, de un modo inevitable. Porque, así como Rusia representa al comunismo en el mundo, los Estados Unidos representan al capitalismo. Rusia y Estados Unidos son los dos polos de la espiral ideológica de los hombres actuales. Entre ambos existe el antagonismo político más irreductible. Es casi seguro que Rusia logrará reconciliarse muy pronto con los demás Gobiernos del mundo. Con los únicos que no podrá reconciliarse, a pesar de su inteligencia diplomática, es con el de Estados Unidos y con sus dependientes centro y suramericanos.

Desde luego, sería ridículo hablar del capitalismo hispanoamericano. Los países de la América española son, económicamente, países coloniales. También en Europa, fuera del inglés, del francés y del alemán, los demás capitalismos sin capital, no obstante el encarnizamiento de sus políticas, dan risa. Pero ahora se trata, en el caso de Méjico, de una cuestión de doctrina. Rusia y Méjico pueden pasarse muy bien sin comprarse ni venderse nada. Las ventajas comerciales no juegan en ninguna forma. Lo que caracteriza el reconocimiento del Gobierno ruso es lo que significa doctrinariamente. Contra la influencia capitalista que desde los Estados Unidos envenena a los débiles países del continente, Méjico, recibiendo oficialmente en su recinto al comunismo ruso, le ha opuesto la otra gran fuerza ideológica que mueve hoy a los hombres.

A Méjico le faltaba este acto para destacar mejor su carácter. Sobre su revolución y sobre su nuevo régimen se han dicho muchas cosas inexactas. Una de ellas, tal vez la mas inexacta, es que sean una revolución y un régimen socialistas. Aunque algunas de sus reformas signifiquen un evidente avance social, no puede decirse, ni mucho menos, que el estado actual de Méjico es un estado socialista. Pero lo que sí puede decirse con exactitud es que Méjico representa la lucha contra la influencia doctrinaria y política de Estados Unidos en América. Dentro del desarrollo de esta lucha, que en algún momento ha sido verdaderamente heroica, reconciliarse con Rusia significa empeñarse más en ella. Porque Rusia lucha también encarnizadamente contra los Estados Unidos.

CÉSAR FALCON

Hermano Francisco

El varón que tiene corazón de lys...

Francisco, poeta,
amable profeta,
sublime Francisco de Asís:
mi lira pretende loarte,
anhela cantarte
con estro feliz.
¿Do hallar la cadencia,
la noble elocuencia
que pueda grabar tu perfil,
si el verso resulta grosero,
su ritmo severo,
la palabra vil?
Mi idea embellece,
mi lira ennoblece,
a mi espíritu presta el fulgor,
con que fuiste en la noche traidora
sembrando una aurora
de paz y de amor.
Mi mente ilumina
con la luz divina
de tu inspiración;
a mi alma ponle alas,
y por las escalas
de tu evocación,
pueda mi poema
decir la suprema
palabra de amor,
para ti, el más santo
de todos aquellos que cobija el manto
de nuestro Señor...

2

Hermano San Francisco, buen hermano,
tan bueno como el buen Samaritano,
tan puro como un lirio del Señor:
mi canto, deslucido y vacilante,
va buscando tu huella rutilante
y el perfume celeste de tu amor,

para hacer que esta lira miserable
al corazón de los humanos hable
con aquella piadosa convicción
que en cada cima edificó un convento,
sobre el feroz instinto un sentimiento
y una esperanza en cada corazón.

Como un ave aterida que en desierta
y oscura noche fuese hasta tu puerta
calor, amor y trigo a mendigar,
así mi alma, en la tremenda duda
de esta hora inquietante, amarga y ruda,
llega a tu corazón como a un altar.

Francisco, hermano bueno, mientras fuiste
por los caminos de la vida triste
diciendo tu evangelio de piedad,
y hablabas con las piedras y las flores
y te hablaban los pájaros cantores,
era otra, en rigor, la humanidad.

Tú firmaste las paces con el lobo
que en la comarca fué signo de robo,
de sanguinaria y cruel obstinación,
y las crónicas cuentan que la fiera
cumplió leal, mas la comarca entera
fue incapaz de ajustarle su ración.

Ven otra vez al llano en que vivimos,
a esta viña del mal do los racimos
del pecado destilan tentación;
y si una vez dejaste tus riquezas,
abandona del cielo las bellezas
y ven a esta moderna redención.

Retorna, hermano, en la mañana clara,
como en aquella en viaje hacia Cannara,
con los pájaros puedes conversar;
como ellos no han sufrido evoluciones
e ignoran nuestras civilizaciones,
pueden tu simbolismo interpretar.

Desde que te marchaste, vive el hombre
esclavo del prestigio y del renombre,
siervo de un interés pobre y banal,
ignorante de su alfa y de su omega,
debilitado en una lucha ciega
donde no brilla el sol de un ideal.

A despecho de sabios y de artistas,
del ejército de enciclopedistas,
de Kant, Spencer, Comte y tantos más,
estamos en el punto de partida
sin saber el porqué de nuestra vida
atada al poste de un dolor tenaz.

Se habla de limitar los armamentos
y hasta de echar por siempre los cimientos
de una era de paz universal,
cuando todo ello es una vil comedia
o el principio más bien de la tragedia
que preparara nuevamente el mal.

La Rusia de Lenin y de los Zares,
esa tierra de historias singulares
que está sirviendo como de crisol
para probar las tesis más modernas,
ya no vive, verdad, entre cavernas
mas de hambre está muriendo bajo el sol.

Vuelve, Francisco, el hombre va en la noche
de su dolor, perdido en el derroche
de su impiedad y de su desamor,
anda desorientado porque no ama,
porque no lleva en su interior la llama
que disipa las nieblas del dolor.

Ven y enseña otra vez tu fe sencilla:
en el surco reseco, la semilla
riega de tu candor y tu humildad;
sólo hay entre los hombres un abismo:
su ancestral y misérrimo egoísmo,
su pavoroso instinto de crueldad.

Alzándote por sobre los humanos
apellidaste unciosamente hermanos
con la amable dulzura de tu voz,

a la fresca agua y a la dura piedra,
a la aromada flor, la triste hiedra,
a todo aquello en que palpita Dios.

Ven, pues, y recomienza tu campaña
contra tanta ridícula cucaña,
contra tanta espantosa pequeñez,
se vestirán de flores las praderas
y las pobres palomas prisioneras
cantarán al librarlas tú otra vez.

Ven, y que vean las concupiscencias,
adueñadas de múltiples conciencias,
tu austera abnegación y tu humildad,
tu sayal, de la más pobre pobreza,
en desnudez la planta y la cabeza
sin otro sello que tu majestad.

Ya olvidaron los hombres la dilecta
definición de la alegría perfecta
con que instruyeras al hermano León;
la alegría de hoy es grosería
que acongoja al espíritu en la fría
banalidad de su desolación.

Como cuando venías de Bolonia
sin séquito, ritual ni ceremonia,
a tu rincón de celestial amor,
vuelve otra vez, de tu camino el cardo
te prometo apartar, y si Bernardo
quiere venir...bendito sea el Señor!

El mundo ya no sabe que es impío
mientras que haya quien sufra de hambre y frío
vivir en un festín de Baltasar,
cuando tú nos legaste hasta el ejemplo
de ni siquiera orar bajo tu templo
sino bajo el azul, que es noble altar.

3

Dije...y tanto fervor puse en mi acento,
tan alto levanté mi pensamiento,
de mi dolor bajé hasta la raíz,
que en la mañana clara y olorosa
ante mi vista apareció la hermosa
y adorable figura del de Asís.

Venía con aquel mismo semblante
con que allá en la Porciúncula distante
en éxtasis se alzaba hasta el Señor,
los labios, florecidos de oraciones,
las manos hechas a las bendiciones
y el corazón, fragante ascua de amor.

Habló el primero: lírico, sublime,
con esa frase en que el dolor no gime
porque el dolor es transitorio y ruin,
me describió la fe de su doctrina,
la lumbre que lo orienta y lo encamina
del lejano horizonte hasta el confín.

4

Y dijo el Santo: «Hay un estridente
grito de pesimismo por doquiera:
toda boca maldice, injuria o miente
y es un dolor la humanidad entera.

«Se quejan todos de que triunfa el dolo,
de que la fe es flor que ya no existe,
y que de polo a polo
el hombre va, malhumorado y triste.

»Y en verdad te confieso, hermano mío,
que el cuadro no es tan trágico ni adusto:
por los caminos hay más de un impío,
pero encontré también a más de un justo.

»Hay que entender que es de la humana esencia
que el bien y el mal por siempre irán unidos,
y que hasta la más íntima conciencia
bajan esos dos polos confundidos.

»Todo tiene en el plan preconcebido
su curso señalado,
y nada escapa a él desde el latido
hasta el más noble afán de lo creado.

»Y el que más se lamenta del ajeno
desliz, del desamor y la falacia,
no será de seguro ese el más bueno
ni el menos responsable en la desgracia.

»Ten un poco de amor para las cosas,
aconsejó el poeta;
amar, amar... y todas las odiosas
pasiones concluirán, tal la receta.

»Y es que el amor es clave bendecida
para la dicha humana,
amor es santidad, es fe encendida,
abnegación y caridad cristiana.

»Y mientras, aguardad pacientemente
que obre la evolución reguladora,
que el mal no puede serlo eternamente
ni el bien puede triunfar en una hora».

5

EL POETA:

—Dame tu luz, hermano, que en la entraña
de la noche del mal el odio anida.

SAN FRANCISCO:

—No busques luz extraña
si tienes la que Dios puso en tu vida.

EL POETA:

—¿Dónde está el bien, la senda que conduce
hacia la perfección?

SAN FRANCISCO:

—El hombre, hermano,
se enamora de todo lo que luce,
suspira por el bien, y está en su mano.

....

Fué borrando sus líneas, suavemente,
la figura evangélica del Santo,
pero quedó vibrando en el ambiente
el eco de su voz, vertida en llanto.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO.

Set. 922 San José, C. R.

LA EDAD DE ORO

LUCEM ASPICIO

48.—Los restos de Bolívar llegan a Caracas.

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban sobre la Silla del Avila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompañado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?... Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto ....

....

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituído al antiguo templo de la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

ARISTIDES ROJAS

(J. E. Machado: *Siete estudios de Aristides Rojas*).

49.—Los caminos después de las lluvias

Desde que era muy niño, saltaba de alegría,
cuando la fresca lluvia de los cielos caía.

Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía
el divino silencio de la melancolía.

Los niños con las manos tapaban sus oídos,
y oyendo con asombro los profundos sonidos

del corazón que suena como si fuera el mar,
sentían un deseo supremo de llorar.

Y como por la lluvia, todo era interrumpido,
se bañaban las cosas en un color de olvido.

Y vagaban las mentes en un ocio divino,
muy propicio a los cuentos de Simbad el Marino.

Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones...
con Alí Baba, pasan los cuarenta ladrones.

Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa:
¡Lámpara de Aladino, lámpara milagrosa!

Y al caer de la lluvia, la criada más antigua
desgranaba sus cuentos en una forma ambigua.

Otro de los milagros que en la lluvia, yo canto,
es, que al caer sus linfas, se pone un nuevo manto

mi ciudad que al lavarse... yo pienso en una de esas
austeras e impecables ciudades holandesas:

Una ciudad lavada, sin polvo, nuevecita,
donde reza el aseo su plegaria bendita.

Como, *pulvère procul* se lee en los pergaminos
de un noble de otros tiempos, por todos los caminos,

cuando pasan las lluvias, se alegra y se extasía,
lejos, lejos del polvo, la profunda alegría:

La de andar sin pecado, por silencios de amor,
como un dulce ojo de agua de inocente rumor.

Si se libra el camino del polvo—su pecado—
se vuelve como el santo de Asís, enamorado

de todas las criaturas, de todas las criaturas,
y a todas les ofrece sus blancas aventuras.

Son todos los caminos como flor de aventura
para el dulce Quijote de la Triste Figura.

A. H. PALLAIS, Pbro.

(Caminos).

50.—Coloquio entre Solón y Creso

Como la corte de Sardes se hallase después de tantas conquistas en la mayor opulencia y esplendor, todos los varones sabios que a la sazón vivían en Grecia emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía a cada uno. Entre todos ellos, el más célebre fué el ateniense Solón; el cual, después de haber compuesto un código de leyes por orden de sus ciudadanos, so color de navegar y recorrer diversos países, se ausentó de su patria por diez años; pero en realidad fué por no tener que abrogar ninguna ley de las que dejaba establecidas, puesto que los atenianses, obligados con los más solemnes juramentos a la observancia de todas las que les había dado Solón, no se consideraban en estado de poder revocar ninguna por sí mismos.

Estos motivos y el deseo de contemplar y ver mundo. hicieron que Solón se partiese de su patria y fuese a visitar al rey Amasis en Egipto, y al rey Creso en Sardes. Este último le hospedó en su palacio, y al tercer o cuarto día de su llegada dió orden a los cortesanos para que mostrasen al nuevo huésped todas las riquezas y preciosidades que se encontraban en su tesoro. Luego que todas las hubo visto y observado prolijamente por el tiempo que quiso, le dirigió Creso este discurso:—«Ateniense, a quien de veras aprecio, y cuyo nombre ilustre tengo bien conocido por la fama de tu sabiduría y ciencia política, y por lo mucho que has visto y observado con la mayor diligencia, respóndeme, caro Solón, a la pregunta que voy a dirigirte: Entre tantos hombres, ¿has visto alguno hasta de ahora completamente dichoso?» Creso hacía esta pregunta porque se creía el más afortunado del mundo. Pero Solón, enemigo de la lisonja, y que solamente conocía el lenguaje de la verdad, le respondió:—Sí, señor, he visto un hombre feliz en Tello el ateniense». Admirado el Rey, insta de nuevo:—«¿Y por qùe motivo juzgas a Tello el más venturoso de todos?—Por dos razones, señor, le responde Solón; la una, porque floreciendo su patria, vió prosperar a sus hijos, todos hombres de bien, y crecer a sus nietos en medio de la más risueña perspectiva; y la otra, porque gozando en el mundo de una dicha envidiable, le cupo la muerte más gloriosa, cuando en la batalla de Eleusina, que dieron los Atenienses contra los fronterizos, ayudando a los suyos y poniendo en fuga a los enemigos, murió en el lecho del honor con las armas vic toriosas en la mano, mereciendo que la patria le distinguiese con una sepultura pública en el mismo sitio en que había muerto».

Excitada la curiosidad de Creso por este discurso de Solón, le preguntó nuevamente a quien consideraba después de Tello el segundo entre los felices, no dudando que al menos este lugar le sería adjudicado. Pero Solón le respondió:—A dos argivos, llamados Cleobis y Biton. Ambos gozaban en su patria una decente medianía, y eran además hombres robustos y valientes, que habían obtenido coronas en los juegos y fiestas públicas de los atletas. También se refiere de ellos, que como en una fiesta que los argivos hacían a Juno fuese ceremonia legítima el que su madre hubiese de ser llevada al templo en un carro tirado de bueyes, y éstos no hubiesen llegado del campo a la hora precisa, los dos mancebos, no pudiendo esperar más, pusieron bajo del yugo sus mismos cuellos, y arrastraron el carro en que su madre venía sentada, por el espacio de cuarenta y cinco estadios, hasta que llegaron al templo con ella.

»Habiendo dado al pueblo que a la fiesta concurría este tierno espectáculo, les sobrevino el término de su carrera del modo más apetecible y más digno de envidia; queriendo mostrar en ellos el cielo que a los hombres a veces les conviene más morir que vivir. Porque como los ciudadanos de Argos, rodeando a los dos jóvenes celebrasen encarecidamente su resolución, y las ciudadanas llamasen dichosa a la madre que les había dado el sér, ella muy complacida por aquel ejemplo de piedad filial, y muy ufana con los aplausos, pidió a la diosa Juno delante de su estatua que se dignase conceder a sus hijos Cleobis y Biton, en premio de haberla honrado tanto, la mayor gracia que ningún mortal hubiese jamás recibido. Hecha esta súplica, asistieron los dos al sacrificio y al espléndido banquete, y después se fueron a dormir en el mismo lugar sagrado, donde les cogió un sueño tan profundo que nunca más despertaron de él. Los argivos honraron su memoria y dedicaron sus retratos en Delfos considerándolos como a unos varones esclarecidos.»

A estos daba Solón el segundo lugar entre los felices; pyendo lo cual Creso, exclamó conmovido:—«¿Conque apreciáis en tan poco, amigo ateniense, la prosperidad que disfruto, que ni siquiera me contáis por feliz al lado de esos hombres vulgares?—¿Y a mí, replicó Solón, me hacéis esa pregunta, a mí, que sé muy bien cuán envidiosa es la fortuna, y cuán amiga es de trastornar los hombres? Al cabo de largo tiempo puede suceder fácilmente que uno vea lo que no quisiera, y sufra lo que no temía.

»Supongamos setenta años el término de la vida humana. La suma de sus días será veinticinco mil y doscientos, sin entrar en ella ningún mes intercalar. Pero si uno quiere añadir un mes cada dos años, con la mira de que las estaciones vengan a su debido tiempo, resultarán treinta y cinco meses intercalares, y por ellos mil cincuenta días más. Pues en todos estos días de que constan los setenta años, y que ascienden al número de veintiseis mil doscientos y cincuenta, no se hallará uno solo que por la identidad de sucesos sea enteramente parecido a otro. La vida del hombre ¡oh Creso! es una serie de calamidades. En el día sois un monarca poderoso y rico, a quien obedecen muchos pueblos; pero no me atrevo a daros aún ese nombre que ambicionáis, hasta que no sepa cómo habéis terminado el curso de vuestra vida. Un hombre por ser muy rico no es más feliz que otro que sólo cuenta con la subsistencia diaria, si la fortuna no le concede disfrutar hasta el fin de su primera dicha. ¿Y cuántos infelices vemos entre los hombres opulentos, al paso que muchos con un moderado patrimonio gozan de la felicidad?

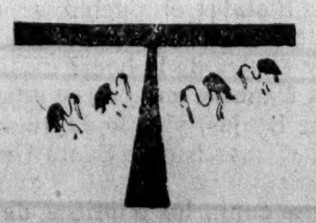
»El que siendo muy rico es infeliz, en dos cosas aventaja solamente al que es feliz, pero no rico. Puede, en primer lugar, satisfacer todos sus antojos; y en segundo, tiene recursos para hacer frente a los contratiempos. Pero el otro le aventaja en muchas cosas; pues además de que su fortuna le preserva de aquellos males, disfruta de buena salud, no sabe qué son trabajos, tiene hijos honrados en quienes se goza, y se halla dotado de una hermosa presencia. Si a esto se añade que termine bien su carrera, ved aquí el hombre feliz que buscáis; pero antes que uno llegue al fin, conviene suspender el juicio y no llamarle feliz. Désele entre tanto, si se quiere, el nombre de afortunado.

»Pero es imposible que ningún mortal reuna todos estos bienes; porque así como ningún país produce cuanto necesita, abundando de unas cosas y careciendo de otras, y teniéndose por mejor aquel que da más de su cosecha, del mismo modo no hay hombre alguno que de todo lo bueno se halle provisto; y cualquiera que constantemente hubiese reunido mayor parte de aquellos bienes, si después lograre una muerte plácida y agradable, éste, señor, es para mí quien merece con justicia el nombre de dichoso. En suma, es menester contar siempre con el fin; pues hemos visto frecuentemente desmoronarse la fortuna de los hombres a quienes Dios había ensalzado más».

Este discurso, sin mezcla de adulación ni de cortesanos miramientos, desagradó a Creso, el cual despidió a Solón, teniéndole por un ignorante que, sin hacer caso de los bienes presentes, fijaba la felicidad en el término de las cosas.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros de la Historia).



El tríptico de la Historia contemporánea

Mira cómo se resume la tolerancia francesa en la palabra Poincaré. Una palabra muy francesa por cierto, donde vemos las dos sílabas de aquella otra latina: *lupus*. Y tan lobo que ya no podrías hablar de los franceses *tolerantes, benignos y mansos*, sino subrayando para que volteados los adjetivos digan todo lo contrario. *Tolerantes* como la vieja canción:

> Le bon roi, Dagobert
> a mis sa culotte a l'envers.

En Rusia para responder al imperativo categórico de los Romanoff, fué inventada la palabra Lenine.¿ Y cómo responder a un imperativo categórico sino con otro imperativo categórico? Romanoff es una palabra de tres sílabas. El lictor con el hacha que tenía entre doce varas dió tres golpes. ¿No los oyes? La tercera es la vencida. En el lugar llamado Aquas Salvias dió tres saltos al caer bajo el hacha del verdugo la cabeza de San Pablo. Roma-noff: tres sílabas, tres golpes, y a lo lejos el eco responde: Le-ni-ne: tres sílabas, tres golpes.

En Centro América, Estrada Cabrera y Orellana y los Meléndez y Quiñones Molina y López Gutiérrez y Carlos Lagos y los Tinocos y los Chamorros y Zelaya y Estrada y el dinero que va y vuelve por caminos de iniquidad y las elecciones *libremente* ganadas con libertad de sangre de los hombres que corre por las calles y el gobierno de la *mayoría* sostenido por la bala que mata y las asambleas con diputados que están sentados y se levantan para hablar y, la prensa, mujer en fin, que condena en Nicaragua lo que aplaude en Guatemala y en una de las llamadas capitales la bandera del *hermano mayor subrayado* y los políticos de los dos malditos bandos yo voy, tú vas, él va, cartas van, cartas vienen, pasan por Washington y se detienen... Una vez tres hombres pésimos habían establecido a la orilla del mar una taberna, un lupanar y una cueva de tanto por ciento. Y de la taberna, del lupanar y de la cueva de tanto por ciento salían, ¿qué otra cosa podía salir? gritos. Pero fueron dominados todos los gritos por el ruido silencioso del mar. En silencio a las orillas del mar interno, desde que supe leer, estoy leyendo los cuentos de Charles Perrault y no he podido pasar de aquellos dos: *Cendrillón* y *Petit Chaperon Rouge: Clorinda la Cenicienta* y *Caperucita Encarnada*. ¿Cuándo será el día de decir: ¡Venid y regocijáos conmigo porque acaban de morir el Lobo y la Madrastra!

Quintín Metsays en Amberes, los dos Van Eyck en Gante, Teodoro Bouts en Lovaina, Rogerio Van der Weyden en Bruselas, Hans Memlinck en Brujas, inimitables maestros de la pintura flamenca se sirvieron del tríptico para pintar tres veces, para ingertar en el rosal sagrado del motivo único dos rosales profanos, haciendo así en la pintura lo que Tespis y Frínico hicieron en el teatro.

¿No ves en la página centroamericana, la libre y regocijada francachela de la kermesse flamenca, con la única diferencia que en Flandes el pueblo se divierte y en Centroamérica, como en el festín de Daroca el pueblo pone las viandas y el alcalde la boca?

Y en la página francesa me parece estar en el hospital de San Juan en Brujas, viendo de nuevo en un tríptico de Memlinck el martirio de Santa Ursula y de las once mil vírgenes.

Y la página rusa copia los trípticos de Rogerio Van der Weyden, ¿aquellos judíos horribles, asquerosos, repugnantes, detestables y malditos no son todos los Romanoff y todos los Lenine y todos los Trostzky?¿Y estas dolorosas dolorosísimas y estos Cristos tan Cristos no tienen el mismo dolor alargado y trágico de la Rusia moribunda?

Pero el tríptico de la historia de hoy y el de todas las historias, está ya pintado en Colmar de Alsacia bajo los tilos, en el museo de Unter Linden. En el cuadro de Matías Grunewald el San Juan desvelado y lamentable es Centro América con sus gobiernos pésimos y su bandera del *hermano mayor subrayado*. Y la Dolorosa en ruinas es Rusia. Y el Cristo que es todo El una Ruina que nunca se había visto ni se verá después, es Francia vestida con la vestidura roja de Caín, es la humanidad subyugada por la ley del pecado, *upo nomoo amartias*, como dice San Pablo.

El tríptico de la historia no cambia de siglo en siglo. Es siempre Jerónimo y Agustín que se quieren morir *para no ver lo que están haciendo los bárbaros*.

Para no ver lo que están haciendo los bárbaros, podemos también encerrarnos en la Brujas la Muerta de George Rodembach o meternos dentro del Tesoro Escondido las Parábolas donde Jammes reza en voz baja su verso:

> Prés d'eux habituée a la tache qui prie
> l'aieule affrait a Dieu l'humble lin de sa vie.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León. Nic., 7 de agosto de 1924.

Anécdotas francohispanoamericanas, o los recuerdos importunos

(De *El Sol*, Madrid)

En *La Dépeche*, de Toulouse, correspondiente al 25 de julio, puede leerse, bajo el título «M. Peretti et l'Amérique», lo siguiente:

El Sr. Peretti de La Roca, que acompaña al Sr. Herriot en Londres, ha hecho una gran parte de su carrera en la América latina. Cuando estuvo en México le ocurrió recibir el correo de la Embajada italiana: el servicio de la valija diplomático en Roma se lo había enviado, bajo la fé de su nombre sonoro y mediterráneo.

En Venezuela conoció al dictador Castro, que trataba como sabemos a los mercaderes, a los acreedores y las acreencias europeos. Completamente iletrado, despreciaba a Europa tanto como la desconocía.

«Un día—cuenta el Sr. Peretti—, cuando se le presentaba una reclamación de Bélgica, exclamó:—¿Bélgica? ¿Dónde queda Bélgica? Enséñenmela en el mapa. Y cuando la vió en la carta, se contentó con responder: «Demasiado pequeña: no pago.»

Antes de la guerra solían verse con frecuencia en los periódicos de París sueltecitos jococursis como el anterior. Ese privilegio va quedando ahora para los diarios de provincia.

La ignorancia que resplandece en el sueltecito no es la del ex-Presidente Castro, sino la del periodista de Tolosa. ¡Ojalá hubiera sido Castro tan iletrado como su sucesor, muy admirado oficialmente, en Francia! Su elocuencia nos habría perjudicado menos.

Dios me libre de defender al ex-Presidente: no lo merece. De los nueve años que duró su gobierno, los cinco primeros no fueron ni malos ni buenos. Durante los otros cuatro enfermó. Gobernó desde su alcoba de valetudinario. Débil por la dolencia, quiso mostrarse enérgico: erró, cayó, pasó.

Pero, enfermo o sano, en los primeros años de su gobierno o en los últimos, siempre supo sostener una vigorosa política nacional contra la insolencia de diplomáticos y empresas extranjeros. Los diplomáticos cayeron: las empresas extranjeras se inclinaron ante la Ley. Pudo decir «no pago», e hizo bien, cuando las reclamaciones extranjeras se convertían en negocios de los diplomáticos. A tal punto, que los Estados Unidos, por ejemplo, reclamaban más de 82.000.000 de pesetas por una deuda de sólo 2.000.000. Casi en las mismas proporciones reclamaban Francia, Alemania, Bélgica, y, sobre todo, Italia.

La historia de las reclamaciones europeas será—el día que se escriba bien documentada y en conjunto—, la historia de la ignominia europea y de la estupidez americana. Con la mitad del dinero pagado injustamente por reclamaciones, habría para comprar y sostener una marina de guerra que las hiciera imposibles.

Tal vez el Sr. Peretti de la Roca cuente las anécdotas que le atribuye el periodista. Los diplomáticos tratan de ser amenos. A veces lo consiguen. Y siempre lo son más que los provincianos que escriben en diarios lugareños. También suelen los diplomáticos ser anecdóticos, como los generales y las «cocottes».

Pero esta vez quizás atribuye el repórter al diplomático anécdotas ajenas o quizás de su propia cosecha; no se da sino a los ricos. Y el Sr. Peretti resulta, en este sentido, millonario. Es, en efecto, M. Peretti de la Roca, uno de los altos funcionarios de más talento en el Quai d'Orsay, y uno de los que mejor conoce los asuntos y a los hombres de nuestra América.

¿Cómo va a imaginarse este hombre tan distinguido que nadie vaya a tomar en serio su historia de la valija diplomática italiana? O, mejor dicho: el Sr. Peretti de la Roca, como hombre de mundo y de tacto, sabe ante quién cuenta sus anécdotas y que sólo un diarista de provincia pueda creerle que Castro no sepa dónde está Bélgica y que el ministerio de Relaciones Exteriores de Italia le mande la valija diplomática al ministro de Francia en Méjico.

* *

Volviendo a Castro, diremos que en sus muchos conflictos con los países de Europa y con los Estados Unidos casi siempre tuvo razón, aunque casi nunca supo tenerla. Le sobraron altanería y violencia. Le faltó vaselina, diplomacia.

Y en punto a anécdotas, las hay más divertidas que la citada por *La Dépêche*, de Toulouse.

Aquélla, por ejemplo, de que fué protagonista M. Taigny, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Francia en Caracas.

Se estaba en tiempos de anormalidad política y el Presidente tenía sus razones para sospechar de la parcialidad de algunos cónsules y diplomáticos en favor de la revolución. Sospechábase, principalmente, del cónsul de Francia, enamorado de la hija de un jefe enemigo del Gobierno. Este cónsul, probada su complicidad, tuvo el excesivo pundonor de suicidarse.

El Gobierno dictó la orden de que nadie, fuera de las personas que pidiesen permiso, subiera a bordo de un buque francés recién llegado a La Guayra. Para que la orden se cumpliese, fué colocado, al pie de la escalerilla del buque, un policía.

Se presentó el Sr. Taigny, ministro de Francia. ¡El policía le requirió el permiso! En vez de solicitarlo, o de manifestar su carácter oficial, el belicoso Sr. Taigny dió un empujón al agente policiaco y pasó adelante.

A bordo, toda la tripulación se moría de risa, admirando los bíceps de su excelencia el Sr. Taigny.

Se participó al Gobierno, a Caracas, lo ocurrido:

—Bueno, dijo Castro. Si el señor Taigny ha penetrado en el barco en esa forma violenta, será que tiene interés en regresar a Francia. Y como debemos complacerlo, que no se le permita desembarcar, ni siquiera para dar excusas.

Y el excelentísimo señor Taigny tuvo que seguir viaje a Francia entre la rechifla—no de la indignada gente de a bordo—, sino de la diplomacia y de la Prensa universales.

¿Obró bien el Presidente Castro? Obró mal, muy mal. A un gran país como Francia no se le puede tratar de ese modo—ni a un pequeño país tampoco—aunque ocasionalmente esté representado por un botarate, que hace gala de sus «biceps» de circo, contra las autoridades de la nación ante la cual está acreditado, como el excelentísimo Sr. Taigny.

Castro obró cómo un bárbaro; pero, ¿obró de otra manera el señor Taigny?

Anécdota por anécdota, correspondemos con esa a *La Dépêche*, de Toulouse. Se la cedemos para su anecdotario.

Y añadiremos, a guisa de moraleja, que no es con historias verídicas o apócrifas que hieran el sentimiento nacional de un pueblo o de una raza, como los periodistas defenderemos mejor los ideales que nos sean caros.

Conviene sacrificar el buen humor, en gracia de la justicia... y aun de la mera civilidad.

R. Blanco-Fombona

Dignidad cívica

Floreció en remotos tiempos un país admirable, pequeño por su dimensión geográfica, pero grande por sus virtudes patricias.

Un poderoso imperio pirata, que asoló el planeta, y que tendía su formidable red invasora desde el piélago ártico hasta las riberas legendarias del mar latino, invadió súbitamente con sus terribles legiones el pródigo paisecillo de los valles balsámicos y de los hombres libres.

Armado de todas armas, con la grosera altanería propia de su raza, llegó el conquistador a la capital, sumida en solemne silencio, y clavó su orgulloso estandarte en el más elevado de los edificios públicos. Casi al mismo tiempo se alzó un pabellón de luto sobre cada puerta, hasta la más humilde; y toda la ciudad se cubrió así de duelo, como si la muerte tendiera las alas sobre su recinto.

Nunca sus moradores cruzaron una palabra, ni un saludo, ni una mirada con los extranjeros. Las matronas y las doncellas, por espontáneo impulso, ocultáronse en el interior de sus mansiones; los niños y los ancianos rehuían la presencia del invasor, y hasta los perros aullaban coléricos cuando el intruso les tendía la mano. Desaparecieron en las montañas los campesinos y el país entero tomó un aspecto de horror y desolación.

Agotáronse inútilmente las órdenes drásticas contra la altivez silenciosa de aquel pueblo; se levantaron los negros patíbulos, corrió en rojos ríos la sangre generosa; y nunca se oyó una queja, ni un lamento, ni un grito demandando piedad.

Pasaron las horas tremendas y el civismo de la austera república se fortalecía y brillaba más y más con su propio ejemplo. Cada ciudadano, en la serena plenitud de la más noble emulación, se soprepasaba a sí mismo en actos de sublime sencillez.

Y un día—celebrado después en los siglos con imperecedero esplendor—el ejército del vasto imperio, vencido por aquella altísima actitud de patrio orgullo y prócer dignidad, abandonó, en grave silencio, con las banderas recogidas, los campos y las ciudades del pequeño país y cruzó sus fronteras para no volver jamás.

FROYLÁN TURCIOS

Abril de 1924.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica